

EL LIBRO DE LA VIDA

4º-5º

En el cementerio, junto a la iglesia, vivía el sepulturero. Su casita era la más pequeña de toda la ciudad. Estaba construida con las mismas rocas grises que la iglesia. Nadie podía decir cuántos años tenía.

La gente de la ciudad solía reírse de ella. Y cuando un panadero tenía fama de hacer pan muy pequeño, decían:

"Su pan es tan pequeño como la casa de Lázaro".

Cuando Lázaro, el sepulturero, aún era un niño, un día llegó un rico comerciante a su padre y le dijo:

"En su Lázaro hay un artista. Si quieren que se convierta en un hombre sabio, déjenlo venir conmigo; yo cuidaré de él de la mejor manera".

El padre solo respondió:

"Debe preguntarle al mismo Lázaro, ya es lo suficientemente mayor".

Llamó al niño, y el comerciante le dijo:

"Lázaro, te lo digo con buena intención; ven conmigo a mi casa grande y luminosa. Te enviaré a la universidad y te convertirás en un hombre erudito".

Pero el niño negó con la cabeza y respondió:

"Oh no, señor, me quedaré con mi padre y seré sepulturero como él".

Lázaro creció y ayudó a su padre en todo lo que pudo. Tocaba las campanas y mantenía la iglesia y el cementerio en buen orden. Cuando su padre enterraba a los muertos, el niño nunca faltaba.

Aún era joven cuando su padre murió. Nadie pensó en nombrar a otro sepulturero que no fuera él. Tuvo que tocar la campana por su propio padre y cavar la tumba para él. Entonces, su corazón se llenó de tristeza; porque amaba a su padre. Mucha gente de la ciudad siguió su féretro; porque todos decían: *"Era un hombre fiel"*.

Cuando la gente se había ido a casa, Lázaro se dispuso a cerrar la tumba. Entonces vio cómo los rayos del sol caían en la oscura fosa.

"Brilla aún, sol dorado", dijo, "habla con el querido difunto; no los molestaré".

Al anochecer, salió en silencio al cementerio, rezó una oración ante la tumba abierta y echó tierra dentro. Justo cuando había echado tres paladas, un canto maravilloso surgió de la tumba. Dejó la pala y dijo:

"Oh, querido padre, tu alma canta un himno bendito".

Después de un rato, los sonidos se desvanecieron, y él echó otras tres paladas de tierra. Entonces vio cómo el suelo se movía. Pétalos blancos brotaban de la tierra. Dejó la pala y dijo:

"Oh, querido padre, tu alma es un lirio puro".

La luna atravesó las nubes, y su pálido resplandor tocó la flor. Entonces, esta se hundió de nuevo en la tierra.

El sepulturero siguió trabajando. Pero cuando echó otras tres paladas de tierra, una voz infantil y delicada le respondió:

*"Viene un ángel dorado,
toma al difunto de la mano,
lo guía a través de la Puerta Oscura
hacia el País de Origen en las Alturas."*

Entonces, el sepulturero juntó sus manos y dijo:

"Oh, querido padre, bienaventurado eres, caminas por senderos luminosos".

Cuando todo quedó en silencio, tomó la pala una última vez y cerró la tumba. Regresó a su casita; pero su corazón se había llenado de luz. Desde entonces, nunca más le sucedieron cosas tan maravillosas al joven sepulturero como en la tumba de su padre.

Sin embargo, cada vez que enterraba a un difunto, recordaba aquel momento. Por eso, después de las primeras tres paladas de tierra, hacía una pausa y rezaba una oración; porque pensaba:

"Si el difunto quiere hablarme de nuevo, he aquí, estoy preparado". Pero las tumbas permanecían en silencio.

Así vivió muchos años en su pequeña casita, y rara vez salía del cementerio. Pero a menudo sentía nostalgia por la gente; porque los amaba de corazón. Sin embargo, notaba que ellos evitaban su camino; porque no conocían su corazón, y algunos decían:

"Lleva el aire de la tumba consigo".

Entonces, recordaba las palabras que su padre le decía cuando regresaban de la ciudad y entraban al cementerio.

"Mira, Lázaro", decía, "ahora estamos de nuevo en nuestro reino; aquí es donde pertenecemos".

Una noche, sentado en su habitación, reflexionaba sobre cómo podría ganarse el corazón de la gente. Era ya medianoche, cuando salió a caminar entre las tumbas. De repente, vio un resplandor frente a él. Un niño pequeño se acercó, llevando un libro dorado. El libro era casi tan grande como él mismo, y le costaba cargarlo.

El niño lo miró con amabilidad y dijo:

"Porque estás tan solo, te traigo este libro; viene de la Tierra de los Difuntos".

El sepulturero lo tomó en sus manos. Pero el niño desapareció.

Estaba a punto de llevarse el libro a su casita, cuando éste comenzó a crecer en sus manos; se hizo cada vez más grande, se elevó hasta el cielo y cubrió la ciudad y la tierra, hasta donde alcanzaba su vista.

En el libro estaba representado el mundo entero en imágenes coloridas: tierras lejanas con personas y animales, el sol, la luna y las estrellas doradas con sus caminos celestiales. Todo lo que los humanos imaginaban y creaban, todos sus pensamientos buenos y malos, y finalmente, cómo podían purificar sus corazones, estaba escrito con letras doradas. Y Lázaro contempló profundamente el libro hasta el amanecer.

Ya no necesitaba sentirse solo. Cuando el amanecer llegó, el libro se hizo cada vez más pequeño; entonces, el niño volvió, lo tomó de sus manos y desapareció.

Pero en el mismo lugar donde el niño con el libro se le había aparecido, brotó un manantial cristalino. Del manantial surgió una voz que decía:

"Sepulturero, abandona este lugar, busca otra tierra".

El agua fluía con más fuerza. Entonces, el sepulturero entró en su casa, tomó su bastón de caminante y dejó el lugar. El agua subió tanto en el cementerio que la casita se derrumbó y hasta la iglesia quedó sumergida. El suelo se hundió cada vez más. Cuando la gente de la ciudad llegó y quiso ir a la iglesia, vio un lago donde el día anterior había estado el cementerio. Nadie había visto al sepulturero irse; así que creyeron que había muerto ahogado.

Lázaro viajó por muchas ciudades y pueblos. Y llegó a otra tierra. Pero en ninguna parte se sintió un extraño; había visto el mundo entero en el gran libro y lo reconocía todo. Dondequiera que iba, la gente le preguntaba:

"¿De dónde eres, extranjero? ¿Qué sabes hacer?"

Él respondía:

"Soy sepulturero, y he leído el Libro de la Vida".

Entonces, la gente decía:

"Dinos qué pueden hacer tus manos".

El sepulturero respondía:

"Toco las campanas, cuido la iglesia, ordeno las tumbas, entierro a los muertos y he leído el Libro de la Vida".

La gente decía:

"Tenemos suficientes sepultureros en nuestra tierra; pero muéstranos el Libro de la Vida, nos gustaría verlo".

El sepulturero respondía:

-Puedo contarles lo que está escrito en el libro; pero no puedo mostrárselo".

Entonces, la gente se enojaba y murmuraba:

-Quiere presumir de su sabiduría; déjenlo ir".

Así que lo ignoraban.

Un verano caluroso, cuando el trigo maduro estaba en los campos, una gran tormenta azotó todas las tierras. Los rayos cayeron sobre los árboles y las casas. Los campos de trigo quedaron destruidos por el granizo, y una gran hambruna cayó sobre la tierra. Personas y animales morían en grandes cantidades, y pronto no quedaba nadie para enterrarlos.

Entonces, Lázaro, el sepulturero, encontró su trabajo. Llevó a los muertos al cementerio, cavó tres grandes tumbas y los depositó allí.

Justo cuando había cerrado las tumbas, el niño apareció de nuevo ante él, con el libro dorado en sus manos, y dijo:

-Lázaro, puedes mirar una vez más".

El sepulturero respondió:

-El libro guarda el mayor tesoro de la vida, y lo que está escrito en él es para el bien de la humanidad; pero no quieren escucharlo. Una vez más miraré; debo saber qué hacer. La necesidad crece cada día; porque la gente ya no tiene pan".

El niño abrió el libro, que creció hasta el cielo y cubrió toda la tierra. Lázaro miró profundamente en él.

Cuando encontró lo que buscaba, le dijo al niño:

-Ahora cierra el Libro de la Vida. El tiempo apremia; porque la gente muere de hambre".

El libro se hizo pequeño de nuevo; el niño lo cerró y desapareció.

El sepulturero llamó a la gente y les dijo:

-Reúnan sus últimas fuerzas y síganme. Los guiaré a mi tierra natal; allí recibirán el pan de la vida".

Y la gente escuchó su voz y lo siguió en grandes multitudes. Los llevó a su ciudad natal. Pero allí encontraron la misma necesidad; porque el granizo había destruido todo el trigo en los campos.

El sepulturero los guió fuera de la ciudad; llegaron al lago que cubría el cementerio, la iglesia y la casita. Entonces les dijo:

-Caven zanjas profundas y desvíen el agua. En el fondo del lago encontrarán el pan de la vida".

La gente siguió sus palabras; durante tres días y tres noches cavaron, hasta que el agua se fue.

Entonces, un campo de trigo dorado brilló ante ellos, listo para la cosecha. Cortaron el trigo y lo ataron en gavillas doradas. ¡Pero cuál fue su sorpresa! Apenas lo habían trillado, cuando las espigas volvieron a crecer, y desde entonces tuvieron pan en abundancia. La noticia del campo de trigo dorado se extendió por toda la tierra.

La gente llegó de todas partes y todos se saciaron. Reconstruyeron la iglesia y la casita, y Lázaro, el sepulturero, vivió allí como antes. Pero ya no estaba rodeado por un cementerio, sino por el campo de trigo dorado, que florecía eternamente y daba fruto.

Aportación de Comunidad de Cristianos